

HEREDAR EL MÉRITO
LAS ARISTOCRACIAS
Y EL EMPEÑO DINÁSTICO

Rafael Atienza

p r e - t e x t o s

colección textos y pretextos

A la memoria de mi padre

PRÓLOGO

EL propósito de este libro es ofrecer al lector algunas reflexiones en torno a materias sobre las que la generalidad del público tiene unas ideas bastante claras. La curiosidad humana es limitada y hay muchas cuestiones sobre las que es habitual tener una opinión simple y diáfana, pues se piensa que no merecen más consideración. Las que ocupan este libro están entre ellas. Si en una reunión alguien saca a colación el honor, la aristocracia o el lugar común de *nobleza obliga*, la mayoría de los asistentes tiene a mano una definición contundente, un verso calderoniano o un inmenso bostezo, pero rara vez estas expresiones despiertan duda o curiosidad alguna. Todo queda en una afirmación incontrovertible o una cita afortunada.

Una de las causas de ese desinterés puede atribuirse a la evidente vaguedad y confusión de esos términos, pues se han venido utilizando demasiadas veces con la intención de confundir –por lo general, de confundir mérito con herencia y ejercicio del poder con búsqueda del interés general–. Así, el término *nobleza* se refiere a la vez a una cualidad personal y a una ascendencia nobiliaria. *Honor* es una regla externa de conducta y a la vez una conciencia interior: según convenga, es opinión ajena o virtud personal. *Aristocracia* es el gobierno de los mejores y a la vez una clase dirigente hereditaria. *Nobleza obliga* es una apelación a las obligaciones inherentes a la clase dirigente y a la vez una justificación del mantenimiento hereditario de la posición. El *caballero* es el guerrero a caballo

y a la vez el dechado de virtudes. Muchos de estos conceptos se hallan lastrados por la cansina autocomplacencia con que durante siglos se han venido reiterando en discursos y escritos.

En pocas materias se han enseñoreado el lugar común y el tópico como en estas, de ahí que haya entrado en este jardín, movido más que nada por el deseo de desmenuzar tanto estereotipo esclerotizado por proceder de otra época. He intentado añadir vertientes, comparaciones y actualizaciones a las definiciones y conceptos, y relacionar extintas tradiciones con modos actuales. He intentado buscar sus orígenes y evolución y esbozar sus paralelos en la sociedad actual: las nuevas dinastías y otras formas de perpetuación, los nuevos famosos, los nuevos prestigios, las nuevas élites, tan cambiantes, y sus igualmente cambiantes enemigos. De hecho, las élites actuales mutan a más velocidad que la capacidad de actualización de muchos de sus adversarios, de ahí el anacronismo de tantos críticos sociales.

Pues si el empeño dinástico y la búsqueda de continuidad por parte de las élites nunca ha cesado, tampoco lo ha hecho el discurso alarmista que cotidianamente leemos en libros y periódicos: parece que siempre estamos amenazados por alguna forma de aristocracia, ya sea mediante el acceso privilegiado a ciertos círculos o universidades, ya por la cuantía de las fortunas, aparentemente inmunes a cualquier dilapidación, ya mediante la exigente educación desde la infancia por los padres más preparados y ambiciosos. Sociólogos y periodistas nos ponen en guardia todos los días sobre el eterno peligro de la perpetuación. Pero como ya advirtió Jacques Barzun, el aburrimiento y el cansancio son grandes fuerzas históricas. Y, en efecto, la historia nos muestra continuamente los lastres de los herederos: la tan frecuente dejadez o extravagancia, la voluntad de diferenciarse de padres o abuelos, el abandono y complacencia de quienes reciben todo. Es la eterna pugna entre los que tienen como equipaje distintivo el nacimiento y la crianza,

frente a la potencia y ambición de quienes ansían levantar cabeza y destacar sobre los demás. En fin, los ascendentes frente a los ascendientes.

La búsqueda de las distinciones y élites que han sustituido a las de la era analógica ha añadido confusión al quehacer sociológico. El libre acceso a internet a partir de 1991 ha llevado a un vértigo que confunde y cambia estatus, categorías y principios que se habían mantenido relativamente estables en la sociedad estamental y en la burguesa que la sustituyó. Creo que puede decirse, por ejemplo, que nunca la fama ha tenido menos relación con el prestigio. Nunca, desde la Ilustración, las instituciones que otorgaban autoridad, ya sean académicas, políticas o periodísticas, han tenido menos influencia. A lo largo de la historia, la sociedad ha buscado siempre formas de distinción que no se redujeran al patrimonio: el honor, la ascendencia, la notoriedad, el prestigio académico, militar, científico o literario, los clubes y grupos sociales, las condecoraciones y premios; toda esa galaxia tenía por objeto aportar un reconocimiento ajeno a la consideración patrimonial. La decadencia de los centros que tradicionalmente otorgaban reputación amenaza con dejar el dinero o la fama como única medida. Todo esto dificulta el intento de esbozar cualquier continuidad de las élites hereditarias en la sociedad actual.

A esto se añade la crisis de lo que parecía constituir la solución más aceptable socialmente: la meritocracia. Las sociedades avanzadas han buscado los medios para que el esfuerzo, el talento o el trabajo bien hecho sean las fuentes de las que emanen el poder y la fortuna, en lugar de cualquier tipo de continuidad dinástica. Parecía que la meritocracia contaba con la estima general como sistema más equitativo de soportar las diferencias. Y en esto un influyente profesor de Harvard afirma que el mérito es socialmente corrosivo por el resentimiento que produce, pues no hay nada más desmoralizador para

los perdedores que la idea de que obtienen lo que merecen. Condena los sistemas de acceso que las mejores universidades exhiben como muestra de igualdad de oportunidades y propone sustituirlos por sorteos, que producen menos frustración. Tras haber superado aristocracias y plutocracias de toda índole para llegar a la meritocracia, se nos propone cambiarla por una suerte de ludocracia. Hemos intentado dejar atrás la fuerza, el linaje, el patrimonio o la influencia como fuentes de poder o cualificación, y ahora parece que también hemos de dejar atrás las capacidades y talentos personales, que encarnan las nuevas causas de resentimiento.

Por otra parte, algunos lugares comunes permiten una reflexión, desde el eterno *nobleza obliga* hasta las supuestas virtudes y exquisiteces de la decadencia. El término *decadencia* ha tenido una evolución tan positiva que hay quien lo identifica con refinamiento o sofisticación, en lugar de simple incompetencia o dejadez. Lo contrario ha sucedido con la voz *élite*, admitida por Real Academia en su diccionario tan sólo en 1984, y definida como minoría rectora, que hoy se utiliza de forma peyorativa una gran parte de las veces. Una cierta concepción del honor, que se mantuvo relativamente estable desde la Alta Edad Media hasta la guerra del 14, es también hoy un foco de confusión que ha dejado de interesar a filósofos y ensayistas. Sólo el dinero se mantiene incólume como medida de posición social, y quizá no sea la peor en comparación con el nacimiento, el poder, el estamento o la burocracia. Pero también las extravagancias y ambiciones de los plutócratas cambian en cada generación y requieren algunas precisiones.

Es frecuente que quienes dedican una parte de su vida a analizar una determinada disciplina lleguen a la conclusión de que su objeto de estudio es una clave fundamental para entenderlo todo. Aquel que cree haber descubierto una ley o regla general de cualquier tipo acaba pensando que puede aplicarse a

todas las facetas de la vida. Así, continuamente aparecen libros que predicán la relevancia de la guerra, la dieta, el fuego o la inteligencia artificial en la evolución de la humanidad. De ahí la trascendencia que el prólogo tantas veces anuncia. Este libro constituye el caso contrario, pues estudia materias y jerarquías caducas, expresadas por lo general en un lenguaje anacrónico, que aparentemente carecen de aplicación hoy en día.¹ Sin embargo, bajo esa vestimenta apolillada laten cuestiones eternas como el poder, la ambición o la (indeseada en este caso) movilidad social. Por ello se han estudiado disciplinas muy dispares, que intento presentar ordenadamente en las páginas dedicadas a la bibliografía. Al enlazar cuestiones y épocas diversas, la primera preocupación ha sido no perder el hilo conductor. A ese efecto, y ya que se trata de un ensayo de divulgación sin pretensión académica, se han limitado al mínimo las citas y referencias que suelen interrumpir el curso de la lectura.

El espacio dedicado a la aristocracia británica puede parecer desmesurado, pero es difícil defenderse de una bibliografía literalmente aplastante, con sus anécdotas, extravagancias y citas. El intento de traer hasta el presente todo rasgo o tradición aristocrática no puede dejar de tropezar con la más colorista y viva, heredera del último gran imperio, que ha tenido más influencia que ninguna otra y, sobre todo, que ha escrito sobre sí misma más que todas las demás juntas. El renacer de la caballería y la invención del *gentleman* que vio el siglo XIX son productos de la sociedad más rica, tradicional e imitada de ese siglo, y es inevitable que inunden este ensayo como inundaron todo el mundo aristocrático del continente. Todavía hoy en Gran Bretaña se

¹ En un artículo publicado por el diario *El País* se analizó la frecuencia, creciente o decreciente, con que aparecían determinadas palabras significativas tras sus cuarenta años de existencia. De entre ellas, “honor”, “obligaciones” o “deber” eran términos que no habían dejado de decaer, rozando el peligro de extinción (Álex Grijelmo, “40 palabras desvanecidas”, 20/11/2015).

habla y escribe de clases continuamente, y la novela y el cine explotan hasta la extenuación ese filón inagotable.

La primera parte intenta resumir la evolución de la nobleza desde la Alta Edad Media hasta la situación actual. La segunda repasa algunas facetas concretas de las aristocracias, como la educación de las élites, la genealogía, las corporaciones nobiliarias, la excepción que constituye el Reino Unido y el curioso caso de la aristocracia estadounidense. Un ensayo sobre la nobleza no puede excluir el difícil tema del honor, con sus derivadas decimonónicas y su dispersión en el siglo XXI, al que va dedicada la tercera parte. La última parte contiene reflexiones sobre plutocracias y meritocracias, ambas con más rasgos dinásticos de los deseables y menos que las aspiraciones de las familias favorecidas.

Quizá todo el libro quede afectado por lo que en el cine de gánsteres se llama “el último gran golpe”, ese atraco definitivo, rotundo, que permitiría a la banda retirarse para siempre. Así, es posible que la irrupción de los famosos, la prensa del corazón o el debate meritocrático sorprendan al lector con digresiones aparentemente extrañas a la materia, pero un objetivo de este libro es el intento de llevar todo empeño dinástico –y sus enemigos– al momento actual.

INTRODUCCIÓN

¿NOBLEZA OBLIGA?

EL EMPEÑO DINÁSTICO

Todas las oligarquías y élites han buscado alguna forma de perpetuarse. La más concisa definición de la aristocracia –clase dirigente hereditaria– refleja este eterno deseo de transmitir a los descendientes las preeminencias o privilegios obtenidos mediante talento, esfuerzo o cualquier otro medio. Personas notorias o ilustres han intentado fomentar en sus hijos y nietos unas conductas que les permitieran mantener el prestigio o buen nombre que recibieron. De ahí la conocida cita de Oliver Wendell Holmes sobre que la educación de un niño ha de empezar cien años antes de su nacimiento. El intento de mantener una posición relevante, generación tras generación, es una constante en la historia de la humanidad.

De entre todas las élites con voluntad de permanencia, el concepto germánico de nobleza ha sido uno de los más eficaces: nace alrededor del año mil y, superando toda suerte de cataclismos y contradicciones, sobrevive hasta la Gran Guerra. Un sistema que tomó forma y contenido entre los siglos XI y XIII ha tenido una aceptación mucho más amplia de la que cabría suponer y ha ejercido una enorme influencia en costumbres, cultura y lenguaje hasta ayer mismo. Sobrevivió a los mercaderes y mercenarios medievales, a la burguesía renacentista, al cartesianismo, a la Ilustración, a todas las revoluciones e incluso al Romanticismo.

Un sistema criticado desde su nacimiento por su arcaísmo e irracionalidad ha mostrado, pese a los reiterados anuncios de defunción, una sorprendente resistencia a desaparecer. Ni siquiera cayó de muerte natural. Para su desaparición tuvieron que estallar la guerra del 14 y la revolución del 17, que terminaron con los imperios de los Habsburgo, de los Romanov, de los Hohenzollern. Los dos grandes países vencedores, la Rusia revolucionaria y los Estados Unidos eran, además, antiaristocráticos por principio, lo que no pudo dejar de influir en el tipo de sociedad que siguió a la Gran Guerra.

La aristocracia de sangre no constituye una excepción social. Las oligarquías dinásticas son un fenómeno natural; de hecho, la historia apenas ha conocido otras formas de liderazgo y gobierno: las meritocracias son una rareza histórica. En este ensayo se analiza el discurso justificativo, la evolución y la capacidad de supervivencia de la nobleza europea, que difiere por su historia de otras oligarquías dinásticas, como la de los mandarines chinos, los samuráis japoneses, los maharajás indios, las noblezas precolombinas, las satrapías asiáticas o las aristocracias bizantinas.

La tradición, heredada de Grecia, de poner todo en cuestión, así como la inagotable curiosidad especulativa y ausencia de fatalismo propios de la cultura europea, tenían que dificultar más que en otras civilizaciones el mantenimiento de una clase dirigente hereditaria. Un continente en continua renovación intelectual y con un gran desarrollo de las burguesías urbanas ha llevado al estamento nobiliario europeo a una mayor exigencia en costumbres, discurso y conducta que otras oligarquías. La nobleza europea ha sido criticada por los cronistas y ha sufrido la presión de las burguesías urbanas desde la Baja Edad Media. Se ha defendido del humanismo renacentista, de las monarquías absolutas, de Spinoza y Voltaire, de la Revolución industrial. La larga lucha ideológica por mantener sus privilegios en la

sociedad más crítica que la historia ha conocido ha llevado a la nobleza a extremar el cuidado de su discurso justificativo, la educación de sus descendientes, su pretensión de ejemplaridad, su cuidada absorción de los mejores.

Un hábitat más exigente, pues, ha puesto a prueba el mantenimiento de los privilegios de la nobleza y le ha permitido desarrollar los anticuerpos con que defenderse del virus burgués y meritocrático durante un milenio. Todo ello ha dado lugar a una aristocracia de sangre más versátil, porosa y comprometida con su papel de lo que suele estimarse y, por ello, una de las más longevas de la historia, con familias que han mantenido posiciones de poder e influencia desde el Medioevo hasta el siglo xx. Pues, además de críticas y amenazas, hay que decir que la nobleza europea obtuvo una deferencia y un asentimiento sorprendentes.

Su notable capacidad de absorción no implicaba que hubiera nada parecido a una igualdad de oportunidades; más bien al contrario: el papel de la nobleza era el de contener y retrasar, en la medida de lo posible, cualquier tipo de meritocracia. Al final se trataba de que personas con frecuencia mediocres –pues hay que presumir que la medianía es la regla en una sucesión estrictamente hereditaria– pudieran mantener su poder e influencia, absorbiendo nada más que a unos pocos de entre sus mejores contemporáneos. Naturalmente, los absorbidos se mostraban más capaces que los absorbentes y contribuían así a renovar y legitimar el estamento.

A lo largo de este ensayo se encuentran referencias al *discurso de la nobleza*, al argumento y reglas que se establecieron a fin de legitimar, en la medida de lo posible, su control de la cosa pública y el ejercicio de las funciones de gobierno. El ideal aristotélico de la aristocracia –un grupo de hombres cultos, sabios y acomodados que podía permitirse el lujo de dedicar su vida al gobierno y al bienestar social– no podía sino

atraer a las élites dominantes que, desde el siglo xi, empezaban a justificar su ejercicio del poder aludiendo a su superioridad moral y responsabilidad pública. En ese aspecto, los aristócratas pudieron convencer a buena parte de sus contemporáneos de que sus cualidades distintivas los calificaban para llevar asuntos de Estado. De hecho, sobrevivió tantos siglos porque logró una aceptación social sorprendente y porque siempre hubo un número suficiente de aristócratas que comprendieron que esta aceptación dependía del convencimiento general de que utilizaban el poder en beneficio de la sociedad.

Así, la nobleza elaboró su discurso del ideal del servicio público –desprendimiento, honor y atención al interés general–, que se resume en la reiterada expresión *nobleza obliga*. Este argumento no es nuevo, pues fueron precisamente las exigencias de la política las que, desde Aristóteles, hicieron que se hablara de la necesidad de una clase superior, una clase dirigente compuesta por una minoría de ciudadanos comprometidos. Solamente los nobles, según este discurso, por su educación, patrimonio y superioridad social, podían poner el interés general por encima de intereses particulares. Esta abnegación no se podía exigir a pobres mortales que tenían que ganarse la vida o el buen nombre, pero sí a una clase superior cuyos privilegios los liberaban de esas preocupaciones.

Naturalmente, este elaborado ideal de servicio público era más vulnerado que cumplido: solamente una minoría de los aristócratas estuvieron a su altura, pero no se puede menospreciar la influencia de ese discurso, repetido de padres a hijos y que, adaptado al lenguaje actual, aún forma parte del relato de toda clase dirigente. No se trataba de una simple fórmula justificativa, sino de una declaración de intenciones y reglas que la fragilidad humana hacía imposible honrar.

Cabe preguntarse cómo saldría de malparado el sistema nobiliario comparado con otras oligarquías, con otras formas de

acceder al poder que el mundo ha conocido. En otras palabras, si el precio de la continuidad ha sido demasiado alto en comparación con otras formas de gobierno y poder que la historia nos ha dado. Pues el sistema buscaba la continuidad en los cargos públicos de descendientes de antiguas familias, educados en los principios que hemos visto y de capacitación diversa, pues Dios reparte Sus dones con desconcertante aleatoriedad. Obviamente, la continuidad tiene aspectos positivos y negativos. Es bien conocida la respuesta del primer ministro de la reina Victoria, lord Salisbury, cuando esta le sugirió la posibilidad de un cambio: “¿Cambio? Majestad, ¿no están las cosas suficientemente mal?”. El premio Nobel de Economía de 1974, Friedrich Hayek, escribió en *Los fundamentos de la libertad*:

Hay ciertamente buenas razones para pensar que existen algunas cualidades socialmente valiosas que raramente se adquieren en una sola generación, y que generalmente se forman a través del continuo esfuerzo de dos o tres. [...] Sería irracional negar que la sociedad probablemente obtendrá una élite mejor si el ascenso no se limita a una generación.

REINAR DESPUÉS DE MORIR

Desde el siglo XII abundan los escritos críticos y los sarcasmos en torno a la idea de que con la ascendencia noble se transmitieran virtudes o valores. Los privilegios de la nobleza y la exclusión que comportaban agruparon contra el sistema estamental a cuantos se veían privados del acceso a cargos u oficios a partir del final de la Alta Edad Media. La frecuente porosidad medieval entre los burgueses ricos y la nobleza de sangre, los repentinos ascensos de los más audaces o afortunados y el mal ejemplo de muchos nobles convertían el discurso de la nobleza en un fácil blanco de críticas. Ciertamente, nunca faltaron razones para la refutación de ese discurso de defensa de privilegios,

ni personas dispuestas a encabezar la protesta. Todo el Medioevo está salpicado de escritos que defienden la nobleza personal y la meritocracia frente a las virtudes del linaje. No eran disquisiciones teóricas o planteamientos generales, sino más bien quejas y protestas de burguesías urbanas o de profesionales que veían comprometida su carrera o ambición. Sin embargo, iniciaron un debate que enfrentó a letrados y cronistas de los siglos XII y XIII, y sembraron la semilla de la crítica a todo el sistema social del Medioevo. Por otra parte, el hecho de que los valores del linaje encontrasen tantas y tan acerbadas críticas entre el 1100 y el 1300 es prueba de la relevancia del discurso nobiliario en esa época y de sus consecuencias en la vida cotidiana.²

Por su parte, los historiadores han considerado la nobleza un obstáculo recalcitrante ante las fuerzas del progreso en que centraban su atención: las monarquías y sus maquinarias de gobierno, la ética comercial, las clases medias profesionales, las burguesías urbanas. Al triunfo de estos valores, primero absolutistas, luego burgueses y por fin meritocráticos, han estado asociados, lógicamente, el pensamiento y la historiografía desde muy temprano. Más recientemente, la historia social o económica, los estudios de la vida cotidiana, de identidades o de minorías han ido sucediendo a la historia política o militar. La

² Las críticas a la nobleza aumentaron en el Renacimiento temprano. Ramon Lull (ca. 1232-1316) señala que, con la obsesión de la nobleza de sangre, "la naturaleza se impondría al espíritu y una aristocracia cerrada acumula los males de la consanguinidad. Deviene envejecida, egoísta, narcisista, patrimonializada, puesta a plazo fijo y, como mucho, ornamental". Dante, en *El convivio*, escribió que la nobleza es una virtud personal sin relación alguna con las familias. Leonardo de Quíos (1395-1482) censuró a la ostentosa y autosatisfecha nobleza de linaje y opuso a los nobles por naturaleza frente a los nobles por convención. Boccaccio (1313-1375) escribió que la nobleza se encontraba repartida por todas las clases sociales. El filósofo florentino seguidor de Platón Giovanni Nesi (1456-1506) defendió que eran las personas con más méritos individuales quienes debían desempeñar los oficios y rangos de la ciudad. Por fin, Maquiavelo (1469-1527) hizo un primer esbozo de un estado Estado constitucional, sin privilegio alguno para los antiguos linajes y con las instituciones abiertas al mérito.

pervivencia de la aristocracia se ha considerado siempre un lastre para el progreso y no merecía el estudio académico de sus facetas; por ello, sólo recientemente ha empezado a analizarse con el rigor y distanciamiento necesarios. Se podría decir que, al mismo tiempo que disminuía la importancia de la aristocracia, empezó a despertar la curiosidad de sociólogos e historiadores.

Esto explica el interés actual por las incontables facetas del universo aristocrático: difícilmente la nobleza podía convertirse en una disciplina académica mientras mantuviera poder y prestigio. Sólo cabían proclamas denunciando sus irracionales principios o, por otro lado, estudios de grandes familias, más o menos halagadores según las exigencias del patrocinador.

En la segunda mitad del siglo xx, historiadores y sociólogos han prestado más atención a los diversos aspectos de un sistema o, si se prefiere, una clase que ha sobrevivido casi un milenio. Para que se produjera este interés académico ha sido necesario que la nobleza perdiera sus privilegios y luego, en lento goteo y por orden cronológico, su patrimonio, su poder, su relevancia y, por fin, a sus enemigos. Estos últimos se han tomado más tiempo del razonable en buscar otros objetivos, pero incluso esa fácil rutina ha sido olvidada. Ni el más trasnochado profesional del lugar común perdería un minuto hoy en día criticando a un grupo social extinto como clase dirigente. De ahí el gran número de publicaciones recientes y el renovado interés académico por tan variados aspectos de la disciplina: la asombrosa duración del fenómeno nobiliario y la larga supervivencia de su discurso despertaron el interés de historiadores y sociólogos sólo cuando acabó la película. Antes estaban demasiado ocupados desenmascarándola –o haciendo lo posible para mantenerla en cartel–.³

³ El Grupo de Estudio de Historia de la Nobleza (<https://nobles.unican.es>) presenta, en su última edición de *La nobleza española, 1780-1953*, una bibliografía de dos mil trabajos sobre el tema.

Ha sido habitual en los estudios sobre las aristocracias modernas el describir su historia como el continuo declive de una clase que se hallaba a la defensiva frente a las fuerzas de la modernidad. La nobleza terrateniente de la segunda mitad del siglo XIX, particularmente, ha sido presentada como un ejemplo de desintegración y decadencia. El halo de inevitabilidad que rodeaba cuanto se escribía sobre la aristocracia apenas dejaba espacio para el análisis de su continuidad y duración. Sin embargo, los más recientes estudios sobre la nobleza del XIX señalan la adaptabilidad y destreza con que se enfrentaron a los desafíos de su tiempo. El historiador de las élites germánicas Heinz Reif llega a afirmar que la habilidad de acomodarse a las circunstancias cambiantes es una de las cualidades definitorias de la aristocracia.

Así, una buena parte de la bibliografía aristocrática anterior a la Gran Guerra había sido un continuo debate entre el discurso justificativo y encomiástico por una parte y el menosprecio académico e ideológico por la otra. Sólo en las últimas décadas esto ha empezado a cambiar. Es frecuente que los antropólogos acaben mirando con simpatía y afecto a las tribus con las que conviven y a las que estudian durante largo tiempo, y algo similar ha sucedido en los últimos años con los estudiosos del universo nobiliario. Últimamente, se suceden libros y trabajos que destacan su capacidad de resistencia y adaptación, e incluso los que echan en falta virtudes que la educación dinástica fomentaba. En algunos escritos se trasluce una melancolía como la que producen las especies en vía de extinción.⁴

⁴ En la introducción del libro *Nobilitas: estudios sobre la nobleza y lo nobiliario en la Europa Moderna*, escribe Juan H. Franco: "La historiografía y la ensayística sobre el fenómeno nobiliario siguen despertando hoy en día un profundo interés y no cesan de aparecer obras sobre su papel en una sociedad ya extinguida. Las nuevas metodologías han provocado una inusitada transformación de la visión del grupo, que ha pasado de ser considerado como una clase parasitaria a todo un modelo de interpretación para la Europa de la Edad Moderna. La eclosión de la historia social, la evolución de la historia cultural

BIBLIOGRAFÍA

ÍNDICE

PRÓLOGO	9
INTRODUCCIÓN. ¿NOBLEZA OBLIGA?	15
<i>El empeño dinástico</i>	15
<i>Reinar después de morir</i>	19
<i>El renacimiento de la caballería</i>	23
<i>Emuladores y nostálgicos</i>	24
<i>Obligación ennoblece</i>	27
<i>Herederos del deber</i>	31
<i>La decadencia, esa falsa elegancia</i>	35

PRIMERA PARTE
LOS ORÍGENES

1. LA HERENCIA MEDIEVAL	39
<i>La caballería</i>	39
<i>El amor cortés</i>	43
<i>Un milenio de profesión guerrera</i>	45
<i>Torneos y duelos</i>	48
<i>Agnaticios y mayorazgos</i>	51
<i>La vuelta del caballero pródigo</i>	53
2. LA VIRTUD HEREDADA	57
<i>Una clase resistente</i>	57

<i>La absorción de los más ambiciosos</i>	59
<i>La carga del linaje</i>	63
<i>De aristócratas a titulados</i>	66
3. LA ILUSTRACIÓN Y SUS CONSECUENCIAS	69
<i>Árbitros de la elegancia</i>	70
<i>La OPA amistosa de la burguesía</i>	72
<i>La OPA hostil del Estado y el nacionalismo</i>	75
<i>La nobleza española del siglo XIX</i>	80
<i>El último desfile</i>	83
<i>El fin de la aristocracia en la Europa del Este</i>	85
4. ¿QUÉ FUE DE TANTO GALÁN?.....	91
<i>El solar familiar</i>	93
<i>Endogamia</i>	96
<i>La vuelta a las raíces tras la caída del Muro</i>	98
<i>Profesar de descendiente</i>	102
<i>Aristócratas anónimos</i>	105

SEGUNDA PARTE
LA LARGA VIDA DE LAS INSTITUCIONES

5. NACIDO Y EDUCADO PARA GOBERNAR.....	113
<i>Nobleza y política</i>	113
<i>La difícil facilidad</i>	116
<i>Educados para gobernar</i>	118
<i>Gentlemen para el Imperio británico</i>	121

<i>Una aristocracia del futuro para América</i>	124
<i>Los nuevos nobles de Francia</i>	128
6.LAS CORPORACIONES NOBILIARIAS.....	135
<i>Méritos heredados</i>	138
<i>Las órdenes militares</i>	140
<i>Las órdenes de caballería</i>	145
<i>La nostalgia del Medioevo</i>	148
<i>Agónica supervivencia</i>	150
<i>Guardianes de la tradición</i>	152
<i>Los cuerpos de nobleza americanos</i>	154
7. UN PASEO POR LA GENEALOGÍA EUROPEA	159
<i>La sangre de Eneas</i>	160
<i>La competencia genealógica</i>	162
<i>El caso de España</i>	165
<i>La limpieza de sangre</i>	168
<i>La limpieza de oficios</i>	171
<i>Una hazaña genealógica</i>	175
<i>Los pocos antepasados comunes</i>	177
8. LA GENEALOGÍA EN AMÉRICA.....	181
<i>Daños colaterales</i>	184
WASP	186
<i>El curioso caso de los mormones</i>	189
<i>La explosión de la Red y los big data</i>	191
<i>La secuenciación genética</i>	194

9. LA VENERABLE INGLATERRA DEL SIGLO XXI	197
<i>El sistema de honores británico</i>	197
<i>Lores en la sociedad igualitaria</i>	199
<i>Anglomanía aristocrática</i>	202
<i>El lastre afortunado de la tradición</i>	204
<i>Tradiciones británicas</i>	208
10. LA ARISTOCRACIA AMERICANA	213
<i>Una sociedad sin clases</i>	213
<i>La última aristocracia</i>	216
<i>Exclusividad y continuidad</i>	219
<i>Las dollar princesses</i>	221
<i>Aristócratas y patricios</i>	224
<i>Universidades y clubes</i>	230

TERCERA PARTE
EL HONOR

11. HONOR Y NOBLEZA	237
<i>Un término más calderoniano que académico</i>	237
<i>El honor en el mundo antiguo</i>	241
<i>El honor caballeresco</i>	243
<i>El honor de Lanzarote</i>	245
<i>Con la Iglesia hemos topado</i>	248
<i>La imparable interiorización del honor</i>	251
<i>Honor y milicia</i>	254

<i>Honor y duelo</i>	257
<i>El duelo del duque de Wellington</i>	260
12. EL HONOR VICTORIANO	265
<i>El caballero victoriano</i>	265
<i>Herederos de Grecia y Roma</i>	266
<i>El precursor de la caballería victoriana</i>	267
<i>El envoltorio medieval</i>	269
<i>Fiestas y torneos neogóticos</i>	271
<i>La necesaria distinción</i>	273
<i>Gentlemanía</i>	276
13. EL POST HONOR: CELEBRIDADES Y NUEVAS ÉLITES	283
<i>Del renombre a la celebridad</i>	283
<i>La intimidad de los famosos</i>	286
<i>Privacidad e intimidad</i>	287
<i>Élites</i>	289
<i>Élites igualitarias</i>	290
<i>El intelectual como aristócrata</i>	292
<i>La aristocracia del sufrimiento</i>	295

CUARTA PARTE
DINERO Y MÉRITO

14. PLUTOCRACIAS	301
<i>El poderoso caballero</i>	301

<i>Filántropos</i>	305
<i>Una plaga de difícil erradicación</i>	307
<i>Los ricos quieren ser escuchados</i>	311
<i>El largo viaje del prestigio</i>	313
15. MERITOCRACIAS	315
<i>Protomeritocracias</i>	315
<i>Criticada por ineficaz</i>	317
<i>Criticada por eficaz</i>	321
<i>Igualitaristas contra meritócratas</i>	323
<i>Meritocracia no obliga</i>	325
BIBLIOGRAFÍA	329

Esta primera edición de
HEREDAR EL MÉRITO
se terminó de imprimir
el día 2 de diciembre de 2025